

V

YA queriais dormiros?—dijo Alberto sonriendo.—Yo estaba en casa de Anna Ivanovna, he pasado una agradable velada. Se ha tocado música, se ha reído; había una reunión muy agradable. Permitidme que beba un poco,—añadió cogiendo el jarro de agua que estaba encima de la mesa;—pero, agua no quiero...

Alberto estaba como la víspera: la misma encantadora sonrisa en los labios, la frente despejada y los miembros débiles. El abrigo de Zakhar le caía admirablemente y el cuello alto y limpio de la camisa de noche encuadraba de una manera pintoresca su fino y blanco cuello, dándole un aspecto señoril é inocente. Sentóse en la cama de Delessov y le miró en silencio con una sonrisa agradable y alegre.

Delessov examinaba los ojos de Alberto, sintiéndose de nuevo atraído por el encanto de su sonrisa; olvidó el deseo de estar severo, y quiso al contrario distraerse, oír al músico, y estar hablando amigablemente con él, aunque hubiera sido hasta el amanecer. Delessov ordenó á Zakhar que trajese una botella de vino, algunos cigarros y el violín.

—Ah! á las mil maravillas,—dijo Alberto.—Aun es temprano, podemos tocar música tanto como queráis.

Zakhar con gran satisfacción trajo una botella de Laffite, dos vasos, algunos cigarrillos de los que fumaba Delessov y el violín.

Pero en vez de acostarse como su amo le ordenó, encendió un cigarro y se sentó en la sala contigua.

—Mejor es que hablemos,—dijo Delessov al músico que tomaba ya el violín.

Alberto se sentó con cuidado en la cama y volvió á sonreirse alegremente.

—Ah! sí,—dijo, dándose con la mano un golpe en la frente y tomando una expresión curiosa é inquieta, pues en la expresión de su cara se leía siempre lo que pensaba.—Permitidme que os pregunte...—Detúvose un momento.—Este caballero que estaba con vos ayer noche... al que llamabais N., no es el hijo del célebre N.?

—Su propio hijo,—respondió Delessov, no comprendiendo lo que eso podía interesar á Alberto.

—Eso es,—dijo sonriéndose con satisfacción.—Le reconocí al momento en sus modales particularmente aristócratas. Me gusta mucho la aristocracia, porque hay en la misma elegancia y belleza. Y aquel oficial que bailaba tan bien?—preguntó,—también me gustó mucho; parecía tan noble, tan alegre... Es el ayudante de campo N. N.

—Cuál?—preguntó Delessov.

—Aquel con quien tropecé cuando bailábamos. Debe ser un hombre honrado.

—Es un libertino,—respondió Delessov.

—Ah, no!—replicó calurosamente Alberto.—En él se nota algo muy agradable, y es un buen músico,—añadió.—Tocó allí un pedazo de ópera que desde hace mucho no lo había oído mejor ni que me gustara tanto.

—Sí, toca bien; pero su estilo no me gusta,—dijo Delessov que quería obligar á su interlocutor á hablar de música.—No comprende la música clásica; y la música de Donizetti y de Bellini no es la buena música. No sois de esa opinión?

—Ah, no, no, dispensad,—dijo Alberto con expresión deferente.—La música antigua es una música y la nueva es otra. En la música nueva hay también trozos extraordinariamente hermosos: *La Sonámbula!*... el final de *Lucía!* de Chopín... *Roberto!* He pensado muchas veces...—paróse un momento concentrando el pensamiento,—que si Beethoven viviese, lloraría de placer escuchando *La Sonámbula*. En todas partes se encuentra lo bueno. La primera vez que oí *La Sonámbula* fué cuando vinieron la Viardot y Rubini; era... ah!—y brilláronle los ojos é hizo un gesto con las manos, como si hubiese querido arrancarse algo del pecho;—con un poquito más...

—Y ahora, cómo os parece la ópera?—preguntó Delessov.

—Bozía es buena, muy buena, extremadamente elegante, pero no tiene nada aquí,—señalando su hundido pecho.—A una artista le hace falta la pasión y ella no la siente. Gustar ya gusta, pero no entusiasma.

—Y Lablache?

—Le oí en París en el *Barbero de Sevilla*; en aquella época era el único; pero ahora es ya viejo. No puede ser actor, es demasiado viejo...

—Sí, es viejo, pero aun vale en la *música de conjunto*,—dijo Delessov. Este era su juicio respecto á Lablache.

—Cómo! Qué importa que sea viejo!—dijo Alberto con severidad.—No debiera serlo. El artista no debe nunca ser viejo. Se necesitan muchas cosas para el cultivo del arte, pero principalmente el fuego sagrado,—dijo con los ojos brillantes y levantando las manos.

En efecto, un fuego devorador brillaba en todo él.

—Ah, Dios mío!—dijo de pronto;—vos no conocéis á Petrov, el pintor?

—No,—respondió sonriendo Delessov.

—Me gustaría en extremo que pudieseis conocerle! Tendríais un gran placer si le oyerais hablar. Cómo comprende el arte! Antes nos encontrábamos muchas veces en casa de Anna Ivanovna; pero ésta, por una cuestión baladí se enfadó con él y no ha ido más. Tendría un gran placer si trabarais amistad con él. Tiene mucho talento.

—Hace cuadros?—preguntó Delessov.

—No sé, creo que no... pero ha salido de la Academia. Qué ideas tiene! Cuando habla, es sorprendente lo que á veces dice. Oh! Petrov es un gran talento, pero lleva una vida muy agitada, muy alegre... es lástima,—añadió Alberto sonriendo; y cogiendo el violín se puso á templarlo.

—Hace mucho tiempo que salisteis de la Opera?—preguntó Delessov.

Alberto le miró y suspiró profundamente.

—Ah! ya ni me acuerdo,—dijo soltando el violín y cogiéndose la cabeza entre las manos; después sentóse de nuevo al lado de Delessov.—Yo os diré. No puedo tocar allí... porque no tengo nada! Ni ropa, ni albergue, ni violín. Mala vida, mala vida! Para qué voy á ir allí? Para qué? No hay necesidad. Ah! *Don Juan!*—dijo golpeándose la cabeza.

—Iremos un día juntos,—dijo Delessov.

Alberto cogió sin contestar el violín y empezó á tocar el final del primer acto de *Don Juan*, explicando al mismo tiempo el argumento de la ópera.

A Delessov se le erizaron los cabellos cuando tocó el trozo del comendador agonizante.

—No, no puedo tocar, hoy he bebido demasiado,—dijo tirando el violín. Tan pronto como hubo acabado de decirlo, se acercó á la mesa, se echó un vaso de vino y bebiéndoselo de un trago sentóse otra vez en la cama al lado de Delessov.

Este miraba á Alberto sin quitarle los ojos de encima.

El músico sonreía de vez en cuando y Delessov también. Los dos se callaron, pero entre ellos se establecían, por la mirada y la sonrisa, relaciones cada vez más estrechas. Delessov sentía una afección cada vez mayor hacia Alberto, experimentando en todo su sér una alegría inexplicable.

—Estáis enamorado?—le preguntó Delessov.

Alberto púsose pensativo por algunos segundos, iluminándose pocos momentos después su cara con una sonrisa triste, y acercándose á Delessov miróle fijamente á los ojos.

—Por qué me lo preguntáis?—murmuró.—Pero, os lo contaré todo porque me habéis agradado,—continuó, mirándole mientras se volvía un poco.—Os tengo que decir la verdad, os lo contaré tal como sucedió.

Detúvose un momento y fijó los ojos en Delessov con mirada salvaje.

—Ya sabéis que soy un espíritu débil,—dijo de pronto.—Sí, sí, estoy seguro que Anna Ivanovna os lo ha contado todo, porque dice á todo el mundo que yo estoy loco! No es verdad, lo dice de broma; es una buena mujer, pero es cierto que hace algún tiempo no me encuentro muy bien.—Alberto callóse de nuevo; sus ojos fijos y muy abiertos miraban hacia la oscura puerta.—Me habéis preguntado si amaba? Sí, he amado. Hace mucho tiempo, cuando aun estaba empleado en el teatro. Yo era segundo violín en la Opera y ella venía al palco proscenio de la izquierda.—Alberto se levantó é inclinándose al oído de Delessov, dijo:—Para qué nombrarla? Sin duda la conocéis, todos la conocen... Yo trataba de no amarla porque no soy más que un pobre artista y ella era de la aristocracia; yo lo sabía, por eso me contentaba nada más que con mirarla, sin pensar en nada...

Alberto púsose pensativo, juntando sus recuerdos.

—Cómo sucedió, no me puedo acordar, pero un día me mandó llamar para que la acompañara con el violín... yo, un pobre artis-

ta!...—dijo suspirando mientras levantaba la cabeza.—Pero no, no puedo explicarlo; no puedo. Qué feliz fui entonces!

—Fuisteis muchas veces á su casa?—preguntó Delessov.

—Una vez, una sola vez... pero fui muy culpable; me volví loco; yo, un pobre artista y ella una dama noble... No le debí haber dicho nada, pero estaba loco é hice una barbaridad... Desde entonces todo concluyó para mí. Petrov dijo la verdad: Más me hubiera valido verla solamente en el teatro...

—Qué es lo que hicisteis entonces?—preguntó Delessov.

—Ah! esperad, esperad... Eso no puedo explicarlo,—y ocultando su rostro entre sus manos, callóse un momento.—Llegué tarde á la orquesta por haberme entretenido bebiendo con Petrov y me sentía muy turbado. Ella estaba en su palco hablando con un general, que no sé quien fuese; estaba sentada en la delantera y tenía la mano apoyada sobre la barandilla. Llevaba un vestido blanco, rodeando su cuello un collar de perlas; mientras seguía hablando me miró dos veces; su peinado era así... Yo no tocaba, estaba de pie cerca del bajo y la miraba... Por la primera vez en mi vida, una cosa extraña me sucedió. Estaba hablando con el general y me miraba; comprendí que hablaba de mí... y de pronto me dí cuenta de que no estaba en la orquesta, que estaba en su palco y que tenía sus manos entre las mías. Qué era aquello?—exclamó Alberto, y se calló.

—Vehemencias de la imaginación,—dijo Delessov.

—Pero no... no puedo explicarlo,—respondió Alberto crispándose todo.—Yo era ya un pobre, ya no tenía casa, y cuando iba al teatro muchas veces era para dormir...

—Cómo? En el teatro? En la sala de espectáculos, vacía y oscura?

—Ah! yo no tengo miedo de esas tonterías. Esperad. Tan pronto como todos se habían marchado, iba al palco donde ella se sentaba y me dormía allí. Esta era mi única alegría. Qué noches he pasado allí! Una sola vez gocé de veras una noche parecida. Durante el sueño veía tantas cosas... pero no, no puedo explicároslo todo.—Alberto bajó la cabeza y miró á Delessov y preguntó otra vez:—Qué era aquello?

—Es muy extraño,—exclamó Delessov.

—No, esperad, oidme,—y acercándose á Delessov empezó á hablar en voz baja.—Yo besaba su mano y lloraba á los pies de ella... después le estuve hablando un buen rato, sintiendo el suave olor de perfumes y el timbre de su voz; después cogí el violín y me puse á tocar con suavidad y según creo admirablemente. Nunca

he tenido miedo de las tonterías que cree el vulgo, porque no creo en ellas, pero aquella noche pasó algo,—dijo con extraña sonrisa y poniéndose las manos en la cabeza.—Estaba asustado por mi pobre espíritu, porque me parecía que pasaba algo en mi cabeza. Quizás no fuese nada; cuál es vuestro parecer?

Quedáronse ambos silenciosos durante algunos minutos.

*Aunque las nubes cubran el cielo,
El sol brilla siempre claro*

cantó Alberto sonriendo dulcemente.—No es verdad?

También yo he vivido y he gozado.

—Qué bien interpretaba todo eso Petrov!

Delessov estaba silencioso, mirando con espanto el pálido y emocionado semblante de su interlocutor.

—Conocéis el *Juristen-Walzer*?—dijo de pronto Alberto; y sin esperar la contestación cogió el violín y empezó á tocar un alegre vals, olvidándose completamente de todo y como si creyera que tenía una orquesta detrás de él; se sonreía balanceándose mientras marcaba el compás, tocando maravillosamente.

—Ah! se acabó la diversión!—dijo agitando el violín.—Yo iré,—dijo después de un corto silencio.—Y vos, no vendréis?

—Dónde?—preguntó sorprendido Delessov.

—A casa de Anna Ivanovna. Allí todo es alegre... la gente, el ruido, la música...

Delessov iba á consentírsele, pero conteniéndose á tiempo, aconsejó á Alberto que no fuera.

—Iré nada más que un momento.

—No vayáis.

Alberto suspiró y dejó el violín.

—Entonces, hay que quedarse?

Miró la botella, en la que no quedaba más vino, y salió dando las buenas noches.

Delessov tocó el timbre.

—Ten cuidado de que no salga el señor Alberto sin mi permiso,—dijo á Zakhar.

VI

El día siguiente era fiesta. Tan pronto se hubo levantado Delessov, sentóse en el salón, leyendo mientras tomaba el café. En la habitación contigua aun no se sentía mover á Alberto.

Zakhar abrió la puerta con prudencia y miró en el comedor.

—Creedme, duerme sobre el mismo diván; no ha querido poner nada debajo, es igual que un niño. Verdaderamente es un artista!

Hacia el mediodía oyóse rumor de una tos muy repetida detrás de la puerta.

Zakhar acercóse de nuevo al comedor. Delessov oyó la voz dulce de su criado y la voz débil y suplicante de Alberto.

—Qué hay?—preguntó Delessov á Zakhar cuando entró.

—Dice que se aburre; no ha querido levantarse; está muy triste; no hace otra cosa que pedirme vino.

—No, me lo he prometido; hay que tener energía,—dijo Delessov.

Prohibió dar vino al artista y se puso otra vez á leer, escuchando de todas maneras lo que pasaba en el comedor. Allí nada se movía, tan sólo de vez en cuando se oía una penosa tos de pecho seguida de espectoraciones. Pasaron dos horas, Delessov se vistió y antes de salir se decidió á ir á ver á su huésped. Alberto estaba inmóvil, sentado cerca de la ventana, la cabeza apoyada entre las manos. Su cara estaba amarilla, arrugada y no solamente

triste, sino con señales de profunda desdicha. Trató de sonreír á guisa de saludo, pero su cara tomó una expresión aun más triste. Hubiérase dicho que iba á llorar; levantóse con gran trabajo y saludó.

—Si fuera posible obtener una copita de aguardiente,—dijo con voz suplicante.—Os lo ruego, porque estoy muy débil.

—Os aconsejo que toméis café, os irá mucho mejor.

La cara de Alberto perdió instantáneamente su expresión infantil. Miró á la ventana con la vista empañada y fría, dejándose caer sobre la silla.

—Mejor sería que almorzarais.

—No, gracias; no tengo apetito.

—Si queréis tocar el violín, no me estorbáis para nada,—dijo Delessov, dejando el instrumento encima de la mesa.

Alberto miró el violín con aire despreciativo.

—Estoy débil y no puedo tocar,—dijo rechazando el instrumento.

Después de esto, á todo lo que Delessov le proponía, ir al teatro, pasearse... contestaba con un humilde saludo, guardando obstinadamente el silencio más absoluto.

Delessov salió á hacer algunas visitas, comió con los amigos y antes de ir al teatro entró en su casa para cambiarse el traje y para saber qué es lo que hacía el músico. Alberto estaba sentado en la antesala, completamente á oscuras; tenía la cabeza apoyada entre sus manos y contemplaba la estufa encendida. Se había lavado, peinado y vestido con mucha limpieza, pero sus ojos estaban velados y sin expresión; en todo su cuerpo se notaba más debilidad y más fatiga que por la mañana.

—Qué, habéis comido?—preguntóle Delessov.

Alberto hizo un signo afirmativo con la cabeza, y mirando con desconfianza á Delessov, bajó la vista.

Delessov se sintió apenado.

—Hoy he visto al director, al cual he hablado de vos,—dijo Delessov desviando la mirada.—Tendrá mucha satisfacción en volver á veros. Si permitieseis que él os oyese...

—Muchas gracias, no puedo tocar,—pronunció entre dientes Alberto y pasó á su habitación cerrando la puerta tras sí.

Algunos momentos después volvió á salir de la habitación con el violín, dió una rápida y agresiva mirada á Delessov, dejó el violín sobre una silla y desapareció nuevamente.

Delessov se sonrió encogiéndose de hombros.

«Qué es lo que debo hacer? De qué soy culpable?»—pensó.

—Cómo está el músico?—fué la primera pregunta que hizo al entrar ya tarde en su casa.

—Está bastante mal,—respondió brevemente y con voz sonora Zakhar.—Se pasa el tiempo tosiendo y suspirando sin decir una palabra. Diferentes veces me ha pedido aguardiente, habiéndole ya dado un vasito, de lo contrario era de temer que le perdiéramos. Es como el empleado...

—Ha tocado el violín?

—Ni tan sólo lo ha mirado; dos veces se lo he llevado y cogiéndolo con cuidado me lo ha devuelto siempre,—respondió Zakhar sonriendo.—No ordenáis que se le dé de beber?

—No; esperemos un día y veremos lo que pasa. Qué es lo que hace ahora?

—Está encerrado en el salón.

Delessov pasó á su despacho y tomó algunos libros en francés y el Evangelio en alemán.

—Mañana ponle estos libros en su cuarto, y cuidado con dejarle salir,—le dijo á Zakhar.

A la mañana siguiente, Zakhar informó á su amo de que el músico no había dormido en toda la noche, y que había probado de abrir las puertas, pero gracias á sus cuidados estaban bien cerradas; díjole además que haciéndose el dormido había oído á Alberto hablar bajo al agitar con fuerza las manos.

Alberto volvióse de día en día más sombrío y más silencioso. Parecía como si le inspirase miedo Delessov y cada vez que sus miradas se encontraban, se notaba en su cara una sensación inusitada de espanto. No tocaba ni los libros ni el violín, guardando el silencio más absoluto cuando se le preguntaba algo.

Algunos días después de haber instalado el músico, llegó Delessov á su casa bastante tarde, notándose en él mucho cansancio y contrariedad. Durante todo el día había estado haciendo gestiones para cierto negocio que le pareció muy fácil y, como pasa casi siempre, á pesar de todo su cuidado, no había obtenido lo que deseaba. Además en el club había perdido algo y estaba de muy mal humor.

—Que Dios le proteja!—respondió á Zakhar, el cual le explicaba la triste situación de Alberto.—Mañana le preguntaré definitivamente si quiere quedarse en casa y seguir mis consejos. Si no peor para él; me parece que he hecho todo lo que he podido.

«Hacerles favores á los hombres!—pensó—me inquieto por él, meto en mi casa á un cualquiera, aunque por la mañana no pueda recibir la visita de nadie; doy pasos y corro de un lado á

otro por él... y aun me mira como á un malhechor que por su placer le ha encerrado en una jaula; y sobre todo, que él no sería capaz de dar un paso. Son todos así!».

La palabra «todos» se refería á los hombres en general y en particular á los con quienes había hablado por la mañana.

«Qué será de él ahora? En qué piensa? qué es lo que le entristece? Echa de menos el desarreglo y humillación en que vivía, la mendicidad de donde le he sacado? Evidentemente había caído ya muy bajo para que pueda acostumbrarse de nuevo á una vida honrada...»

«No, es una chiquillada—dijo Delessov.—Por qué me meteré á corregir á los demás? Que Dios me deje arreglarme á mí mismo».

Quiso dejarle marchar enseguida, pero reflexionó un momento y lo dejó para el día siguiente.

Durante la noche, Delessov se despertó con el ruido de una mesa que se había caído en la antesala, oyendo voces y pasos en la misma. Encendió una bujía y escuchó con ansiedad...

—Esperad, que iré á llamar al amo,—decía Zakhar.

Alberto murmuraba palabras incoherentes. Delessov saltó del lecho y con la bujía en la mano corrió á la antesala. Zakhar en traje de noche estaba de pie delante de la puerta. Alberto, con el sombrero y el abrigo, trataba de apartarle de la puerta, gritando con voz quejumbrosa:

—No podéis impedirme el paso, tengo el pasaporte; yo no me llevo nada, podéis registrarme si queréis; iré al jefe de policía.

—Permitidme,—dijo Zakhar á su amo, mientras continuaba defendiendo la puerta con la espalda.—Se ha levantado esta noche, ha encontrado la llave en mi abrigo y se ha bebido una botella entera de aguardiente azucarado. Está bien eso? Y ahora quiere marcharse.—Alberto, al distinguir á Delessov, empezó á empujar á Zakhar más enérgicamente.

—Nadie puede retenerme! No tenéis ese derecho,—gritaba elevando cada vez más la voz.

—Quítate de ahí, Zakhar—dijo Delessov, y dirigiéndose á Alberto:—Yo no quiero ni puedo reteneros, pero os aconsejo quedarnos hasta mañana.

—Nadie puede retenerme, iré á ver al jefe de policía,—gritaba cada vez con más fuerza Alberto, dirigiéndose tan sólo á Zakhar y sin mirar á Delessov.—Ladrones!—gritó de pronto con espantosa voz.

—Pero, por qué gritáis así? Nadie os retiene,—dijo Zakhar abriendo la puerta.

Alberto cesó de gritar.

—No lo habéis logrado! Queríais matarme? Pues, no!—murmuró tomando sus zapatos de goma. Sin decir *adiós* y mascullando palabras incomprensibles, salió. Zakhar le alumbró hasta la puerta y volvió.

—Gracias á Dios! Hubiera acabado mal,—dijo á su amo.—Ahora hay que mirar los objetos de plata á ver si están todos.

Delessov movió la cabeza sin responder. Acordábase ahora de las dos primeras veladas pasadas con el músico, los días tristes que por su falta había pasado Alberto, y principalmente se acordaba del sentimiento mezclado de admiración, de amor y de piedad, que desde el primer momento le inspiró ese hombre extraño.

Empezaba á compadecerle. «Qué es lo que va á hacer, sin dinero, sin ropa, solo en medio de la noche?...» Quiso mandar á Zakhar en su busca, pero era ya tarde.

—Hace mucho frío?—preguntó Delessov.

—Una helada muy fuerte,—respondió Zakhar.—Había olvidado deciros que se tendrá que comprar leña hasta la primavera.

—Cómo es posible? Tú habías dicho que aun quedaría...



VII

EN efecto, fuera hacía muchísimo frío, pero Alberto no lo sentía por la excitación que le había producido el vino y la discusión.

Una vez en la calle se volvió y frotóse las manos de contento. La calle estaba desierta, brillando aun en la misma las largas filas de faroles. El cielo estaba estrellado. «Bah!» exclamó dirigiéndose á la ventana alumbrada de Delessov, metiendo las manos bajo el pardsú en los bolsillos del pantalón. Con el paso indeciso y el cuerpo inclinado hacia adelante, iba Alberto por la derecha de la calle. Sentía en el estómago y en las piernas una pesadez extraordinaria; un ruido extraño llenaba su cabeza, una fuerza invisible le tiraba de un lado á otro, pero él seguía avanzando en dirección á la casa de Anna Ivanovna.

En su cabeza germinaban ideas extrañas é incoherentes. Unas veces acordábase de su última discusión con Zakhar, otras de su madre y su primera llegada á Rusia en el barco, ó bien de alguna noche pasada en compañía de un amigo en la tienda por delante de la cual pasaba, ora en su imaginación empezaba á cantar los trozos que se le ocurrían, acordándose del objeto de su pasión y de la noche terrible pasada en el teatro.

Pero, apesar de su incoherencia, todos estos recuerdos se presentaban á su imaginación con tanta claridad, que cerrando los ojos no sabía darse cuenta de cuál era la realidad, si lo que hacía

ó lo que pensaba. No se acordaba de nada, ni sabía por qué sus piernas se adelantaban sin querer, y tambaleándose daba contra las paredes; miraba alrededor y pasaba de una calle á otra. Sentía y se acordaba tan sólo de las cosas extrañas y embrolladas que en su imaginación se sucedían y se presentaban.

Al pasar cerca de la pequeña Morskaia, Alberto tropezó y cayó, y como despertado por un momento, vióse delante de un magnífico edificio. En el cielo no se veían ni estrellas ni luz, no habiendo tampoco luz en la tierra, pero todos los objetos distinguíanse claramente. En las ventanas del edificio que se levanta al final de la calle, brillaban algunas luces, las cuales oscilaban como débiles reflejos. El edificio se iba acercando cada vez más hacia donde estaba Alberto, destacándose más netamente... pero las luces desaparecieron al penetrar Alberto por sus anchas puertas. El interior era sombrío, los pasos resonaban sonoros bajo la bóveda, y al acercarse las sombras se desligaban y huían. «Por qué he venido aquí?» pensó Alberto, pero una fuerza invisible le empujaba adelante hacia el fondo de una inmensa sala... Allí había un estrado alrededor del cual había mucha gente en silencio. «Quién hablará?» preguntó Alberto. Nadie respondió, pero le designaron el estrado. Sobre el mismo estaba ya un hombre alto, delgado, con los cabellos erizados y en traje de casa. Alberto conoció enseñada en él á su amigo Petrov. «Qué extraño es que esté aquí!» pensó Alberto. «No, hermanos míos! decía Petrov señalándome á mí, no habéis comprendido á un hombre que vivía entre vosotros; no lo habéis comprendido! No era un artista cualquiera, ni un tocador mecánico, ni un loco, ni un hombre perdido; era un genio, un gran genio musical despreciado por todos nosotros».

Alberto comprendió al momento de quién hablaba su amigo, pero por no molestarle, por modestia, bajó la cabeza.

—En él, ese fuego sagrado de que todos nos servimos, lo ha consumido todo como una simple paja, pero él ha cumplido cuánto Dios puso en él y por eso debemos llamarle un gran hombre. Vosotros podfais despreciarle, hacerle sufrir, humillarle,—continuó elevando cada vez más la voz.—pero era y será infinitamente superior á todos vosotros; él es bueno y feliz. El nos acusa, ó lo que es igual, nos desprecia á todos; pero él se consagra tan sólo á lo que le viene de arriba. Ama una sola cosa, lo bello, el solo bien indispensable en el mundo. Sí; hele ahí, este es! Caed todos ante él de rodillas!—gritó en voz alta. En este momento otra voz se oyó hacia el otro lado de la sala.

—Yo no quiero arrodillarme delante de él,—dijo la voz, en la

que Alberto reconoció á Delessov.—Por qué es grande? Y por qué hemos de inclinarnos delante de él? Se ha conducido con lealtad? Ha sido útil á la sociedad? Sabemos que ha pedido dinero prestado y que no lo ha devuelto, que ha empeñado el violín de uno de sus amigos...

«Dios mío, cómo sabe todo eso?» pensaba Alberto bajando cada vez más la cabeza.

—Sabemos que por el dinero adulaba á los hombres!—continuó Delessov.—No sabemos, acaso, cómo le despacharon del teatro? Cómo Anna Ivanovna quiso entregarle á la policía?

«Dios mío! todo eso es verdad, pero defiéndeme, tú eres el único que sabes por qué he hecho todo eso» pronunció Alberto.

—Basta ya, tened vergüenza,—replicó de nuevo la voz de Petrov.—Qué derecho tenéis para acusarle? Habéis pasado su vida? Habéis experimentado su embeleso?

«Es verdad, es verdad», murmuró Alberto.

—El arte es la manifestación más grande de la potencia humana. Es el privilegio de los pocos elegidos, que los eleva á una altura en la que la cabeza gira, y es difícil mantenerse incólume. En el arte, como en todas las luchas, hay héroes que se dan enteros á su servicio... y se pierden antes de alcanzar la meta.

Petrov se calló y Alberto, levantando la cabeza, gritó en voz alta: «Es verdad! es verdad!» pero su voz se apagó sin ningún sonido.

—Eso no os concierne,—siguió con severidad el pintor Petrov.—Sí, humilladle, despreciadle, pero de todos nosotros es el mejor y el más feliz!

Alberto, que escuchaba todas esas palabras con la alegría en el alma, no pudo contenerse y se acercó á su amigo para abrazarle.

—Vete, que no te conozco,—respondió Petrov.—Sigue tu camino, sino no llegarás...

—Mira como se ha puesto! no podrá llegar,—gritó el guardia al volver la esquina.

Alberto se levantó, juntó sus fuerzas y tratando de no tambalearse volvió la callejuela. Hasta la habitación de Anna Ivanovna no había más que algunos pasos. La luz de la antesala reflejábase sobre la nieve del patio; cerca de la puerta cochera estaban estacionados gran número de trineos y coches.

Apoyando su helada mano en la barandilla, subió la escalera y llamó. El dormido rostro de la criada mostróse por la ventanilla de la puerta mirando con aire de desprecio á Alberto: «No se puede

entrar, gritó, tengo orden de no dejar entrar», cerrando de golpe la ventanilla. El sonido de la música y las voces de las mujeres llegaban hasta la escalera; Alberto sentóse en el suelo, apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos.

Tan pronto los hubo cerrado, le asaltaron una multitud de visiones extrañas que, con mayor fuerza, le trasportaron de nuevo al hermoso y libre reino del sueño.

«Sí, es el mejor y el más feliz», repetía involuntariamente en su imaginación. A través de la puerta oíanse los compases de la polka y sus sonidos decíanle también que era el mejor y el más feliz. De la cercana iglesia oíanse el continuo repique de campanas las cuales repetían: «Sí, es el mejor y el más feliz... Iré otra vez á la sala, pensó Alberto; Petrov debe estar hablando todavía». En la sala ya no había nadie, y en vez de Petrov, estaba Alberto subido en el estrado, tocando con el violín todo lo que antes decía la voz. Pero el violín era muy raro, era todo de cristal. Lo tenía que coger con las dos manos y apretarlo con fuerza contra el pecho para que tocara. Los sonidos eran tan dulces y agradables, que Alberto no había oído nunca nada que lo igualase; mientras más apretaba el violín contra su pecho, eran los sonidos más encantadores, dulces y rápidos, iluminándose las paredes de una luz transparente. Tenía que tocar con mucha prudencia para no romper el violín; Alberto tocaba en el instrumento de cristal, con mucha maestría, trozos que él oía bien, pero que nadie oiría jamás; ya empezaba á estar cansado, cuando le distrajo un sordo y lejano ruido; era el de una campana que pronunciaba estas palabras: «Sí, —decía con un agudo y lejano repiqueteo,—os parece un miserable, le despreciáis, pero es el mejor y el más feliz! nadie tocará jamás ese instrumento!»

Estas palabras, no conocidas ni oídas, le parecieron de pronto tan inteligibles, tan nuevas y tan justas, que cesó de tocar, y esforzándose para no hacer ruido, levantó sus manos y elevó sus ojos al cielo. Sentíase en aquellos momentos hermoso y feliz. La sala estaba vacía, y sin embargo Alberto levantaba con arrogancia la cabeza, irguiéndose en el estrado para que todos pudiesen verle. De pronto una mano le tocó ligeramente en la espalda; volvióse y en la media luz que reinaba distinguió á una mujer.

Esta le miró tristemente y movió la cabeza; él comprendió enseguida que lo que hacía no estaba bien y le dió vergüenza.

—«Qué queréis?»—le preguntó. La desconocida le miró un instante con fijeza y movió de nuevo la cabeza.

Era sin duda alguna su amada; su vestido era el mismo, un hilo

de perlas rodeaba su blanquísimo cuello, llevando los brazos desnudos hasta el codo; aquella mujer le cogió la mano y le condujo fuera de la sala.

—«La salida es por el otro lado»,—dijo Alberto; la mujer no contestó y con la sonrisa en los labios le llevó fuera de la sala. Al llegar al umbral, Alberto vió el agua y la luna; pero el agua no estaba abajo como es lo natural ni la luna en el cielo, sino que la luna y el agua estaban arriba, abajo y por todas partes. Alberto lanzóse con ella hacia la luna y hacia el agua y comprendió que podía besar y abrazar á la que más amaba en el mundo; mientras la besaba sentía en todo su sér una felicidad sin límites.

—«No es un sueño?»—se preguntaba. Pero no, era la realidad, más que la realidad; era la realidad y el recuerdo. Presentía que la felicidad inapreciable que gozaba en aquellos instantes, pasaría para no hallarla nunca más.

—«Por quién, pues, lloro?»—le preguntó. Ella le miraba triste y silenciosamente. Alberto comprendió lo que aquello quería decir.

—«Pero, cómo puede ser si aun estoy vivo?»—pronunció. La mujer sin responderle é inmóvil miraba hacia adelante.

—«Esto es horrible! Cómo decirle que estoy vivo?»—pensó con horror.—«Dios mío! estoy vivo! comprendéis?»—murmuró.

—«Es el mejor y el más feliz!»—seguía diciendo la lejana voz.

Era un *algo* que pesaba cada vez con más fuerza sobre Alberto. Era la luna, el agua, los besos ó las lágrimas? No lo podía comprender, pero no se le ocultaba que muy pronto todo habría concluído.

Dos invitados salieron de casa de Anna Ivanovna y tropezaron con Alberto que estaba estirado en el suelo. Uno de ellos entró para llamar al ama de la casa.

—«Esto es inhumano»,—dijo,—haber dejado que este hombre se helara aquí toda la noche.

—«Ah! es Alberto! Ya estoy cansada de él!»—respondió.—«An-nuchka, metedlo en cualquier rincón de la sala»,—dijo á la criada.

—«Pero, si aun estoy vivo, por qué me enterráis?»—murmuró dentro de sí mismo Alberto, mientras le entraban sin conocimiento en la habitación.